

EL RETRASO EN EL DESARROLLO DEL LENGUAJE Y LOS PROBLEMAS DE COMPRENSIÓN LECTORA.

La lectura es una habilidad esencial para el éxito académico y profesional, existe un número sustancial de niños y niñas con dificultades para llegar a dominarla de forma competente.

Han sido varios los trabajos que han hipotetizado sobre la relación entre el retraso en el desarrollo de la lengua oral y los problemas de lectura. Es por lo tanto, por lo que se apoyaría la idea de que el desarrollo deficiente de la lengua oral es un factor importante en la aparición de los problemas de comprensión lectora, una vez resuelta la decodificación (es decir el aprendizaje).

En el caso de los TEL (Trastorno Específico del Lenguaje) se han encontrado limitaciones importantes en los procesos de MT (memoria de trabajo) a corto plazo. Un déficit en la MT en los niños con retraso en la adquisición del lenguaje supone que no dispongan de los suficientes recursos atencionales para hacer inferencias, mantener información de otras partes del texto o enlazar las diferentes ideas de un texto, lo que explicaría las dificultades en la comprensión lectora.

En un trabajo reciente, se han encontrado que ciertos componentes de la MT, evaluados a los 6 años de edad, han resultado ser buenos predictores de diferentes aspectos de la lectura, incluida la comprensión, un año más tarde.

Pero no solo es la MT la variable que podría estar influyendo en el desarrollo de la comprensión lectora. Las medidas de CI a los 10 años predecían la comprensión lectora a los 16. Parece, por tanto, relevante analizar el papel de los componentes cognitivos de inteligencia general al margen de la contribución específica de la MT.

En primer lugar, cabe señalar que en casi el 75% de los niños se produce una coincidencia en las dificultades en lenguaje oral y en comprensión, de modo que ambas se encuentran ausentes o presentes. Son resultados que concuerdan con los obtenidos en trabajos anteriores, que hallaban dificultades en comprensión lectora, entre una mayoría de los participantes con trastornos del lenguaje.

Ahora bien, pese a que el conjunto de los resultados apoyan la comorbilidad (la coexistencia) de problemas en el lenguaje oral y escrito, la coincidencia no es total, y es necesario tener en cuenta otros factores.

Así, tanto la MT como el CI no verbal, aun presentando valores dentro de la normalidad, son significativamente inferiores en el grupo de pobre comprensión. El CI no verbal se constituye un factor predictivo, desplazando a variables de naturaleza lingüística, como las puntuaciones semánticas o sintácticas. Este resultado coincide con el obtenido por Kershaw y Schatschneider en (2012), donde encontraron que el CI era un predictor significativo de la comprensión lectora en los estudiantes de tercer curso de primaria.

Por lo tanto, se puede hipotetizar que algunos niños y niñas, pese a contar con una adecuada competencia oral para situaciones de vida cotidiana, no tienen los recursos cognitivos suficientes para una, probablemente más exigente, comprensión de un texto expositivo. Sería lo que les sucede a los niños y niñas con buenas puntuaciones en desarrollo de la lengua oral, pero baja comprensión lectora.

Por otro lado, resulta sorprendente que, sea en la escala pragmática del BLOC (que mide la interpretación de sentimientos y actitudes ajenas en la interacción social cotidiana), y no la escala semántica o la sintáctica, la que emerja como predictora de las dificultades de comprensión. Esta escala es la que requiere una comprensión más sutil del lenguaje, abordando aspectos menos explícitos e inferenciales. Ello podría explicar su mayor relación con la comprensión lectora.

El papel de las variables cognitivas no lingüísticas, especialmente el CI no verbal, ha resultado ser más relevante de lo esperado.

En cualquier caso, la relación entre la lengua oral y la comprensión lectora es indudable. Un retraso en la primera coincide, en la mayor parte de los niños, con un retraso en la segunda.

En la práctica profesional convendrá no olvidar que la comprensión lectora es una dimensión más del desarrollo del lenguaje, muy relacionada con la competencia oral. Una evolución completa no puede ignorar este hecho y deberá incorporar componentes, aparentemente tan alejados de la comprensión de textos, como las habilidades pragmáticas; destrezas comunicativas tan entrenables, como otros procesos seguramente muy relacionados con la lectura, como la capacidad de realizar inferencias, producir analogías o razonar sobre la información no verbal, que tampoco conviene olvidar.

Gabriel Mesa Melgarejo, María José Tirado Maraver y David Saldaña Sage.